

CAPÍTULO X

LOS VISIGODOS.

El nombre de los godos, que espresa en Italia la destrucción y la barbarie, lo repiten los españoles con nacional complacencia desde que la peor dominación de los árabes enseñó á unir á aquellos la idea de un Estado más feliz, cristiano é independiente (1). Después de haber sometido Wália los diversos Estados que se habían formado en España (2), fundó el reino de los visigodos, cuya capital fué Tolosa. Teodoro, su sucesor (419-51), tornó á pasar los Pirineos para reducir nuevamente á la obediencia á los alanos, á los suevos, á los vándalos, que habían alzado otra vez la cabeza. Venció en Chalons á Atila, á quien estos últimos habían llamado en contra suya, si bien perdió la vida en la batalla.

Teodorico.—Turismundo, su hijo, fué asesinado al poco tiempo por Teodorico, su hermano, quien le sucedió en el trono (453). Este príncipe se mostró humano y dotado de carácter noble: observador de las prácticas religiosas, según los arrianos; administrando justicia y concediendo fácilmente audiencia, se entregaba asiduamente á los ejercicios corporales; era sóbrio en la comida y afable con

(1) No tuvo historiadores en esta época España, y separada cual estaba del resto de Europa, no menos por su situación que por sus intereses, se ocuparon poco de ella los extranjeros. Isidoro de Sevilla, Victor Tununense, Juan Biclariense, nos han dejado crónicas áridas é imperfectas. Entre los modernos, véanse además de los historiadores de Francia:

MASDEU.—*Historia crítica de España*, Madrid, 1787.
K. ASCHBACH.—*Gesch. der Westgothen*, Francfort, 1827.
FERRERAS, *Historia general de España*.
CARLOS ROMÉY, *Historia de España*.
LAFUENTE, *Historia de España*.
FLOREZ, *España sagrada*.

(2) Véase lib. VII, cap. XIII y XV.

sus amigos. Los suevos, que, después de la partida de los vándalos, se habían establecido en la Galicia, aspiraban á la posesión de toda la península, lo cual había determinado á los emperadores romanos á enviar tropas para contenerlos. En su consecuencia Teodorico declaró la guerra á su cuñado Rechiario, su rey, y pasó los Pirineos con los suyos, á quienes se habían incorporado los francos y los borgoñones; pero se había convenido en que las conquistas que hiciera más allá de los montes, le pertenecerían exclusivamente. Vencedor junto al río Orbigo, entró victorioso en Braga, capital de los suevos, y sin abrumar á los vencidos con la matanza y la deshonra taló el país, hizo dar muerte á Rechiario, que había caído prisionero en la fuga, y luego se adelantó hasta Mérida en Lusitania; y aunque procedía en nombre del emperador, solo pensaba en adquirir para sí propio.

S. Apolinar.—El obispo Sidonio Apolinar (3), á quien restituyó su patria y su silla, entonó sus alabanzas, y en una carta que escribía desde Narbona á su cuñado Agrícola, se esplica de este modo: «Este príncipe fué colmado por la voluntad de Dios y por la naturaleza con tantos dones, que ni aun la misma envidia podría negarle elogios. Sus cabellos caen sobre su frente como una sabanilla redonda: tiene espesas las cejas, largas las pestañas, la nariz graciosamente aguileña, delgados los labios, pequeña la boca, blancos y muy iguales los dientes: cuida de que le corte el barbero los pelos que nacen dentro de las narices, y de que le afeite su barba hasta las sienas, dejando tan solo crecer dos mechones. Tiene la tez blanca, sonrosadas las mejillas, ancha espalda, delgado talle, vigoroso muslo, pierna nerviosa y pié pequeño;» cualidades que, al

(3) Véase tomo III, págs. 508 y 585.

decir del poeta, debían hacerle pasar por menos bárbaro á los ojos de los romanos, tan envanecidos con su refinada elegancia. Proseguía en esta forma: «Sale el príncipe antes de despuntar el día con una comitiva escasa para asistir á las reuniones matinales de sus sacerdotes. Ora en voz baja con mucha exactitud, aun cuando se observe que lo hace más que por religion, por costumbre: ocúpase en administracion el resto del día. El conde escudero permanece detrás de su silla; se hace entrar á guardias vestidos con pieles, á fin de que se hallen presentes, si bien para evitar el desorden se alejan algo fuera de las cortinas, en las balaustradas, donde charlan cuanto quieren delante de las puertas. Entonces entran los enviados de las naciones y los escucha atentamente; luego responde con brevedad. Si el asunto requiere exámen, lo dilata; si exige celeridad, apresura su despacho. Se levanta á la hora segunda, inspecciona sus tesoros y sus caballerizas. Si ha dispuesto una caza, se pone en movimiento; no pareciéndole conveniente que un rey suspenda el arco á su lado, cuando vé un ave ó un bruto, tiende la mano detrás de sí, y un paje le presenta su arco con la cuerda floja, pues le parecería proceder como una mujer recibiendo ya tendido... Pregunta dónde quieren que dé el tiro, y á menudo su flecha se engaña menos que vuestros ojos.»

«Distínguense sus comidas por lo sencillas; en ellas la conversacion es grave, y allí se reúnen á un mismo tiempo la elocuencia griega, la abundancia gala, la viveza italiana, el aparato de la representacion, el esmero de una mesa particular, un orden régio... Después de comer no duerme, ó duerme poco. Llegada la hora del juego coge con presteza los dados, los examina atentamente, los meneja con ligereza, los tira resueltamente, los anuncia con vivacidad, los espera con paciencia. Calla cuando la suerte es propicia, se rie cuando es contraria, no se enoja nunca, y toma el azar á lo filósofo. No da muestras de temer ni de exigir un desquite, descuida las ocasiones que se ofrecen, es superior á los contratiempos, pierde sin turbar-

se, gana sin dar zumba; de tal modo que, cuando juéga, no parece sino que da una batalla, pues que no piensa en otra cosa que en vencer. Deponiendo entonces algo de su gravedad régia, invita á jugar alegremente de igual á igual; teme que le teman, le complace ver á su adversario conmovido, y al reparar en su tristeza, juzga que no le ha cedido el triunfo por lisonja. A eso de la hora nona vuelven á empezar las tareas del día y la afluencia de solicitantes, la cual se disipa al llegar la noche al anuncio de la cena, y se despierta entre los cortesanos, velando cada uno junto á su señor hasta media noche. Algunas veces por extraordinario son admitidas las futilidades de los mimicos, sin que á pesar de todo pueda ninguno de los convidados ser blanco de sus epigramas. Nada de órganos hidráulicos, ni de cantos estudiados, ni de tocar de cítara, ni de músicos, ni de cantores, porque el soberano no gusta más que de las armonías que recrean el alma tanto como el oído. Cuando se levantan de la mesa, los guardias del tesoro comienzan las veladas nocturnas y permanecen armados á la puerta del palacio durante las horas del primer sueño (4).»

De esta suerte aspiraba el poeta á acostumbrar á los galos á la dominación de los visigodos, á lo cual propende muy especialmente aquella alusion á la poca devoción de Teodorico, quien se mostraba arriano por costumbre y no por convencimiento. «Veo en la corte, añadia Sidonio, al sajón de ojos azules respetar las playas de un rey que no tiene naves, si bien no teme las olas del mar estenso: el viejo sicambro, rapado después de su derrota, deja de nuevo crecer su cabellera: el hérulo de mejillas verduscas como el Océano, cuyos más distantes golfos habita, se pasea á sus anchuras: el borgoñon, alto de siete piés, dobla la rodilla é implora la paz.» A mayor abundamiento, si hemos de darle crédito, ni aun el shah de Persia dejaba de consultar al héroe de Occidente.

Eurico.—Pero el reino que Teodorico había adquirido por medio de un fratricidio, lo perdió á manos de su hermano Eurico (5). Este fué el pri-

(4) Ep. 1 y 2.

(5)

REYES VISIGODOS DE LA FAMILIA DE LOS BALTOS.

	I. Alarico I. 382-412.	II. Ataulfo. 412-415.
		III. Sigerico. 415.
		IV. Wália. 415-419.
	V. Teodoro I. 419-451.	
VI. Turismundo. 451-453.	VII. Teodorico. 453-466.	VIII. Eurico. 466-484.
		IX. Alarico II. 484-507.
	X. Gesalico. 507-511.	XI. Amalarico. 511-531.

mero que recopiló las leyes consuetudinarias de los visigodos, y el más poderoso de los reyes visigodos, ensanchó sus Estados al tiempo de la disolución del imperio de Occidente. Después de haber rechazado á los ostrogodos contra Bizancio, acometió la empresa de avasallar cuanto territorio había poseído Roma en la Galia y en la España. Ninguna resistencia le opusieron las provincias situadas al mediodía del Loira y al oeste del Ródano, á escepcion de la Auvernia, que á las órdenes de Ecdicio, hijo del emperador Avito, se defendió hasta el instante en que se la hizo ceder por Julio Nepote (6). Cuando posteriormente hubo derrocado Odoacro el imperio, traspuso los Pirineos, y con el auxilio del ostrogodo Widimero, sometió toda la península, á escepcion de la Galicia. Otro tanto hizo con la Provenza, que aun permanecía fiel al imperio. Por consejo ó de orden de Odoacro ejerció el senado romano un estéril acto de autoridad, confirmando á Eurico la posesión de todo lo que había conquistado desde los Alpes hasta el Ródano y el Océano.

Entretanto Eurico perseguía violentamente al clero católico, á quien temía mucho. Hizo dar muerte á gran número de obispos dejando vacantes sus sillas. En consecuencia de todo se envenenaban más y más los odios ordinarios de vencedores á vencidos, y esto oponía un grande obstáculo á la formación de un poderoso reino.

Alarico II.—Habiendo muerto este príncipe después de diez y nueve años de reinado (484), tuvo por sucesor al trono de Gotia á Alarico II, su hijo, cuyo poder no igualaba su bondad. Puso término á las persecuciones contra los católicos, y permitió que los obispos tornaran á ocupar sus sillas y á reunir sínodos. Una comisión reunida en Aduara (506), recibió por su mandato el encargo de elegir aquellas leyes romanas que pudieran acomodarse á las costumbres de los visigodos, y de formar con ellas un código (*Breviario*) para sus súbditos, los galo-romanos. En seguida hizo sancionar aquella compilación en una asamblea de la nobleza y de los principales miembros del clero.

Alarico no supo oponer al formidable poder de Clodoveo más que condescendencias, hasta el estremo de entregarle el conde romano Siagrius, que se había refugiado á su lado; pero faltando á la lealtad se hizo blanco del menosprecio, y ya se aprestaba Clodoveo á declararle guerra, cuando Teodorico, rey de Italia, su suegro, interpuso su mediación. Como se apercibió ó sospechó de que el clero de sus Estados mantenía relaciones secretas en su daño con el franco convertido, empezó la persecución nuevamente. Fomentáronse los odios en atención á que el pueblo seguía siempre el partido de los obispos espulsados; y Clodoveo fué llamado á fin de que libertara al país de los

(6) Véase t. III, pág. 509, y 48 de este tomo.

herejes y de los tiranos. En su consecuencia se puso en marcha contra Alarico (507), y le arrebató el trono y la vida en la batalla de Vouillé, cerca de Poitiers.

Gesalico.—Muy en breve se vieron repelidos por todas partes los visigodos. Gesalico, hijo natural del muerto, que se había apropiado su herencia con perjuicio de Amalarico, su sucesor legítimo, aunque de edad de cinco años solamente, se retiró al otro lado de los Pirineos, quizá de acuerdo con Clodoveo. De resultas nada hubiera quedado á los godos más allá de los montes, si Teodorico, rey de Italia, no hubiera enviado á Iba con un ejército para sostener la autoridad de su nieto contra los invasores y el usurpador. Este general venció bajo los muros de Arlés al hijo de Clodoveo y al rey de los borgoñones (508), los cuales continuaban la guerra, y avasalló á todo el país, exceptuando únicamente á Tolosa, desde el Ródano hasta los Alpes. En seguida traspasó los Pirineos, y restableció en todas partes la autoridad de Amalarico: Gesalico buscó su salvación en Africa (511), en el país de los vándalos, después de haber sido vencido junto á Barcelona.

Amalarico.—Entonces Teodorico de Italia, aun reinando en nombre de su sobrino, fué el verdadero rey de España, reuniendo de esta suerte, bajo una misma dominación, á los visigodos y á los ostrogodos. Pero tan luego como terminó su existencia, volvió el Ródano á señalar el límite entre ellos, y Amalarico se encontró á la cabeza de los primeros á la edad de veinte y cuatro años. Solicitó de Clodoveo su alianza juntamente con la mano de su hija Clotilde; mas como aquella doncella permanecía firmemente adicta á la fé católica, la maltrataba villanamente su esposo, que era arriano. Para informar á su hermano Childeberto de la infeliz suerte que le había cabido, le envió un lienzo empapado en su sangre. Inmediatamente el rey de Paris condujo un ejército sobre Narbona, venció y quitó la vida á Amalarico, y llevó en su compañía á su hermana después de haber talado la Septimania.

Reyes electivos.—Hallándose estinguída la raza de los Amalos, se hizo electivo el reino de la Gotia. Teudis, que nada había descuidado mientras era tutor de Amalarico, para crearse, con una habilidad igual á su ambición, numerosos parciales, sin que tampoco fuera quizá ageno á su muerte, se aprovechó de ella para sucederle en el trono. Pródigo de privilegios respecto de los magnates godos, protegió la religion católica. Transirió su residencia desde Narbona á Barcelona (542), y tuvo que sostener tanto aquende como allende el Pirineo la guerra contra los francos, quienes hasta llegaron á poner asedio delante de Zaragoza, si bien fueron repelidos. Cuando los griegos inquietaron á los ostrogodos de Italia, Teudis atravesó el estrecho á fin de operar una diversion atacando á Ceuta, que prestaba obediencia al emperador de Bizancio; pero fué vencido en una salida que hicie-

ron aquellos moradores, y asesinado á su regreso á España (7).

Teodegisilo mereció por su bravura ser elegido para sustituirle (548), aunque su violencia y sus desórdenes le arrastraron á perecer bajo el puñal á los diez y siete meses de reinado. Sucedióle Agila por poco tiempo (549). No sabiendo doblegarse á la obediencia los señores, cuyo orgullo había ido en aumento, pusieron á su cabeza á Atanagildo, quien atacó á su rey, secundándole Justiniano, y los mismos partidarios de Agila le dieron muerte con el objeto de que la guerra civil terminara.

Reconocido por todos como rey Atanagildo (554) pagó á bien caro precio el socorro que le habían prestado los griegos, pues se vió obligado á cederles muchas fortalezas y ciudades marítimas, desde donde inquietaron á sus sucesores por espacio de ochenta años.

En virtud de no haber podido á su muerte ponerse de acuerdo los grandes, la Septimania fué adjudicada á Liuva (567), y la España á su hermano Leovigildo (569): estos dos príncipes vivieron en buena y cordial inteligencia.

Leovigildo.—A la muerte de Liuva obtuvo su hermano todo el reino (572). Hizo con buen éxito la guerra á los bizantinos, á quienes arrojó de Córdoba, y cuyas posesiones redujo á pocas ciudades marítimas. A fin de poner un término á los disturbios, renacientes de continuo, limitó la autoridad de los señores. Rodeándose con régio aparato no se dejó ver más que sentado sobre el trono y revestido con la púrpura, é introdujo un ceremonial en su corte. Tan económico como denodado se dedicó á arreglar la hacienda, en que solo había encontrado desorden; arregló las rentas, adoptó un traje régio; y habiendo conocido los defectos del gobierno godo, quiso repararlos introduciendo disciplina en las milicias, domando á los cántabros y á los demás montañeses.

San Hermenegildo.—De esta suerte hubiera podido aumentar su autoridad y su pujanza, si no hu-

(7) REYES ELECTIVOS DE ESPAÑA.

I. Teudis. 531-548.	IV. Atanagildo. 554-567.
II. Teodegisilo. 548-549.	V. Liuva I. 567-572 con su hermano.
III. Agila. 549-554.	VI. Leovigildo. 569-586.
San Hermenegildo. 585.	VII. Recaredo I, el Católico. 586-661.
VIII. Liuva II. 601-603.	XVI. Tulga. 641.
IX. Witerico. 610.	XVII. Chindasvinto. 652.
X. Gundemaro. 612.	XVIII. Recesvinto. 672.
XI. Sisebuto. 621.	XIX. Wamba. 680.
XII. Recaredo II. 621.	XX. Ervigio. 687.
XIII. Suinila y Recimero. 631.	XXI. Egica. 701.
XIV. Sisenando. 636.	XXII. Witiza. 710.
XV. Chintila. 640.	XXIII. Rodrigo. 711 último rey visigodo.

quiera dado por sí mismo origen á funestas divisiones. De su primera esposa Teodosia, hija de Severiano, gobernador de Cartagena, había tenido á Hermenegildo y á Recaredo, á quienes su piadosa madre había educado en la fé ortodoxa. Ingunda, hija de la reina Brunequilda y esposa del primogénito, mostrándose fiel á la verdadera creencia, incurrió en el odio de Gosvinda, segunda mujer del rey, arriana ferviente, la cual la maltrataba hasta el punto de arrastrarla por los cabellos, golpearla y arrojarla desnuda dentro de un estanque como para rebautizarla. Leovigildo creyó que podría poner dique á aquellas disensiones domésticas señalando la ciudad de Sevilla por residencia á su hijo; pero arrastrado éste por el ejemplo de su esposa y también por los consejos del obispo Leandro, abrazó la religion de su madre: no viendo entonces probabilidad ninguna de reconciliación con el autor de sus días, llamó á la rebelión á los católicos del país, celebró alianza con los suevos, los griegos, los vascos, los francos, y con cuantos enemigos tenía el Estado (584).

Su padre ganó á los griegos á costa de dinero, lo cual le valió la victoria, y se apoderó por traición de Córdoba, último asilo del rebelde, quien, habiéndose refugiado dentro de una iglesia, salió de allí bajo la promesa de que se le perdonaria. Fué confinado á Valencia, mas, ora se hiciera realmente culpable de nuevas tentativas sediciosas, ora quisiera su padre obligarle á las creencias arrianas, y se negara á ello, fué preso y decapitado en Tarragona (585). La constancia con que rehusó comunicarse con los arrianos le valió los títulos de mártir y de santo. Ingunda, á quien hicieron embarcar los griegos para proporcionarle un asilo en Constantinopla, murió en la travesía.

Reino de los suevos.—Entonces Leovigildo pensó en castigar á los que habían favorecido la rebelión de su hijo. Había quedado independiente de los visigodos, el reino que los suevos habían fundado en la Galicia, y en parte de la Lusitania: si Teodorico había conseguido sujetarlo un momento, fué restaurado por Remismundo (456), quien introdujo allí la creencia arriana.

Ignóranse los acontecimientos que se consumaron en aquel punto en el curso de ochenta años; pero hácia mediados del siglo siguiente vemos aparecer á Cariatrico, quien lo redujo á la fé católica nuevamente. Dicese que tenía un hijo enfermo y que ya desesperaba de la ciencia humana. Como preguntara un día «de qué religion era aquel Martin que ha hecho tantos milagros en la Galia?» Se le dió por respuesta: «Era un obispo que enseñaba á su rebaño como el Padre es igual al Hijo y al Espíritu Santo.—Y bien, añadió el rey, visitad su sepulcro y deponed allí muchos presentes, y, si mi hijo sana, creeré como él creía. En su consecuencia envió á Tours tanto oro como pesaba su hijo; mas no experimentando por esto el enfermo alguna mejoría, mandó el rey edificar una iglesia, y envió á pedir algunas reliquias del santo.